



DON DIEGO DE PEÑALOSA.

Y DOÑA MARIA LEONARDA.

ROMANCE DE LOS AMOROSOS SUCEOS DE ESTOS
dos finos amantes.

PRIMERA PARTE.

Rompa la vaga Region
ese elemento, que manda
lenguas al clarin sonoro,
que siempre en voz de la fama,
y el éco de su armonía
con alegres consonancias
á Climas estraños llegue,
para que notorio haga
el mas singular suceso,
é historia mas celebrada,
que se ha oído, ni se ha visto,
ni escriben plumas humanas.
Y porque duda no quede,
es preciso declararla,
para lo cual pido y ruego,
que me dé favor y gracia
á la Virgen del Pilar,
Madre de Dios Soberana.

En la ilustre Zaragoza,
á quien del Ebro las aguas
bañan con claros raudales
sus invencibles murallas,
á donde la Virgen pura,
nuestra Madre y Abogada,
que es la Virgen del Pilar,
tiene su Divina Casa;
pues se apareció gloriosa
en esta lúcida Patria
al Apostol Santiago,
diciendo, que le labrara
su Casa de Adoración,
en donde la veneraran,
para que allí esta Señora
sus maravillas obrara.
En fin, en esta Ciudad,
que ya dejo mencionada,

vivia un gran Caballero
de esclarecida prosapia,
y noble genealogia,
llamado Don Juan de Lara,
con su muy querida esposa
Doña Maria Leonarda,
los cuales en dulce union
se querian y estimaban,
y del feliz Matrimonio
el Cielo les hizo gracia,
y les dió un Angel por hija,
de las mugeres la gala
que por su hermosa belleza,
y perfecciones tan raras
era hechizo de las Diosas,
y otra Elena robada,
el crimen del Dios Cupido,
y de Flora semejanza,
que si Venus mereció
aquella hermosa manzana,
que se pareció en la mesa
donde las Diosas estaban,
tambien esta hermosa niña
mereció que la adoraran
los mas nobles Caballeros
de mas bizarria y fama,
como lo dirá la letra,
que aquí al presente se canta.
Llámase esta Señora
Doña Maria Leonarda,
pues le pusieron los mismos
nombres de su Madre amada.
Criáronla con regalo,
con muchas joyas y galas,
asistida de Doncellas,
que la traían en palmas,
dándole gusto sus Padres
siempre en lo que deseaba:
Y así que llegó á cumplir
en su dulce y tierna infancia
quince Abriles su belleza,
la pretendian con ansia

los mas nobles Caballeros,
y desvelados andaban,
siendo lince de sus rejas,
como de su calle guardas,
ofreciéndose rendidos
á sus bellísimas plantas,
cantándole muchos versos,
y primorosas tonadas,
pero su esquivéz altiva
á todos los despreciaba,
mostrándose mas cruel,
mientras mas la laureaban:
pero con mayor empeño,
entre todos se señala
con amorosos extremos
un Caballero, que llaman
Don Diego de Peñalosa,
y fue cosa, que le agrada
á esta copia de belleza
pues dejando el ser ingrata
correspondió á sus favores,
y de secreto se hablan:
y el uno á el otro se dieron
de casamiento palabra,
y estando para pedirla
á sus Padres, lo dilata
por ciertos inconvenientes,
y cosas que precisaban;
á cuyo tiempo otro amante,
que por esta niña andaba,
que era Don Martin de Soria,
Caballero de importancia,
se anticipó, y á su Padre
se la pidió con mil ansias,
haciéndole mil promesas,
y prometiendo dotarla
en cincuenta mil ducados,
y otras prendas vinculadas.
Y discurriendo Don Juan
sería cosa acertada,
se la ofreció con testigos
debajo de su palabra,

y don Martin muy contento,
viendo que sus esperanzas
llevaban buenos principios
para lo que deseaba,
se despidió muy contento,
y don Juan se fué á su casa,
llamó á su hija, y le dijo
con amorosas entrañas:
Has de saber, hija mia,
como te tengo tratada
de casar con don Martin
de Soria, y le tengo dada
la palabra con testigos,
y en ello no ha de haber falta,
mira lo que me respondes,
si es cosa que á ti te agrada.
Respondió Doña Maria
resuelta, y determinada,
diciéndole: Señor Padre,
no importa, que esa palabra
(sin saber mi voluntad)
no obliga á cumplir en nada,
que no siendo yo gustosa,
será fuerza quebrantarla.
Don Diego de Peñalosa
es quien conmigo se casa,
y si lo llega á saber
lo que con don Martin pasa,
será cosa que le quite
la vida sin mas tardanza,
con que asi, para evitar
la resulta de esta causa
despida usted á don Martin,
antes hoy, que no mañana,
que con él no he de casarme,
aunque pedazos me hagan.
El Padre lleno de enojo;
encendido en ira y rabia
ha dicho: Cómo traidora,
respondes demasiada?
No ves que ese hombre es pobre?
Y ella entonces replicaba:

Por eso yo soy rica,
y le supliré la falta.
Viendo don Juan, que su hija
con razones no se ablanda,
la encerró en un cuarto sola
sin quererle dar ni aun agua.
Túvola allí un dia entero,
y á la noche la sacaba,
y llevándola á la mesa,
á su lado la sentaba,
y despues de haber cenado
comidas muy regaladas,
dijole: Hija querida,
por Dios el gusto me hagas
de querer á don Martin,
que lo estimaré en el alma:
No quieras, hija querida,
no permitas, prenda amada,
que yo quede desairado,
por faltar á mi palabra,
porque como falte á ella,
serán mis congojas tantas,
que muera de pesadumbre
solamente por tu causa.
Respondió Doña Maria:
Porfias son escusadas;
Señor, esa pesadumbre
usted es quien quiere buscarla,
porque yo no se la doy,
ni tal cosa imaginara;
Don Diego de Peñalosa
es quien conmigo se casa,
que á D. Martin aborrezco,
sin que otra novedad haya.
Esto que ha oido Don Juan,
sacó un puñal de la baina,
y al tiempo de ir á tirarle
llegó su esposa, y lo abraza,
poniéndose por delante
las doncellas y criadas.
Salió su hija huyendo,
y él dijo: Traidora anda,

que te juro por quien soy
de hacer una acción tan rara,
que ni D. Martín te lleve,
ni Peñalosa te valga.

Así estuvo aquella noche,
discurriendo modo, y traza
para reducir su hija,
que hiciese lo que le manda;
discurrió (qué tiranía!)
la crueldad mas inhumana,
que se ha oído, ni se ha visto
en todo cuanto el sol tapa,
que fue llevarla á los Montes,
y en un árbol amarrarla,
y si no se reconviene,
dejársela allí ó matarla.

Púsole en egecucion,
y antes que rompiese el Alva
de su casa la sacó
en un caballo á las ancas,
diciéndole, que á un Convento
iban á depositarla.

Por fin se metió en los Montes
por los cerros y cañadas,
hasta que en el mas oculto
sitio, que se le antojaba,
que aun apenas se podia
hacer evidencia clara
si era noche, ó era día,
por la espesura de ramas,
de árboles, pinos y encinas
laureles, olmos y palmas.
Se desmontó del caballo,
y en un árbol amarrada
la dejó muy afligida,
y de allí se retiraba.
Sentóse sobre una peña,
para que rato pasara,

y volver á requerirla
por ver que razon le daba,
pero dormido al instante
quedó sin que despertara,
hasta que la luz del día
cubriera la oscura capa
de las funestas tinieblas
de la noche en sombras pardas.
Despertó despavorido,
y procurando buscarla,
ó por permission del Cielo,
ó por su fortuna infausta,
no pudo encontrar el sitio
donde la dejó amarrada.
Aqui fueron los lamentos,
los llantos, y las plegarias,
que el Caballero hacia
á Dios por su hija amada.
Viendo que por diligencias,
que hacia no la encontraba,
y aunque queria dar voces,
no podia pronunciarlas,
porque el grande sentimiento,
y pena que le cercaba,
con el dolor, los sentidos,
y la voz se le embargaba.
Pues miren como estaria
aquella hermosa Diana
amarrada en aquel árbol
de noche entre aquellas matas,
que para perder las vidas
poco á los dos les faltaba.
En donde los dejarémos
entre congojas y ansias,
que en otra segunda parte,
si al Auditorio le agrada
promete José Francisco
decir lo demás que falta.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.